

## DEFECTOS DE LA INFORMACIÓN

POR

MARIO SORIA

Hablar de los defectos de la información de multitudes, al tiempo que lo hacen otros conferenciantes, seguramente más doctos que yo, significa con toda probabilidad repetir ciertos aspectos del asunto. Por esto, ruego me disculpen cualquier reiteración respecto de quienes me han precedido o me seguirán.

No data de nuestro tiempo, ni mucho menos, la literatura de propaganda política, género en el que se encuadran en número abrumador los medios de comunicación contemporáneos. Viejos ejemplos de esa literatura nos vienen a la memoria: el *Mars gallicus*, librito de Jansenio a favor de Felipe IV y contrario a Richelieu; ciertas obrillas de Quevedo; las *Filípicas*, que, tomando el título de Demóstenes, forman una feroz diatriba del regente de Francia, Felipe de Orleans; *Bonaparte y los Borbones*, de Chateaubriand, folleto que significa para Luis XVIII casi un ejército, como sin exageración asegura el autor.

Pero esta literatura no es periódica; consiste en libros, folletos, poemas que se divulgan reimprimiéndose o copiándose manuscritos. En cambio, la prensa periódica añade a su contenido de insinuaciones, sarcasmos, razones, verdades, fantasías, reprobaciones, alabanzas, el aliciente de la novedad, siendo por ello más eficaz entre un público ávido de remozar su malicia o dar pábulo a su curiosidad. Durante la Fronza ya apareció esta clase de prensa con el nombre de *Mazarinadas*, que ponían —ocioso es decirlo— cual digan dueñas al cardenal Mazarino.

Sobre todo desde la revolución francesa se advierte el efecto que tienen los periódicos en la opinión del público, y aprovechándose de tal efecto los bandos opuestos. Recuerdo una conferencia mía, también aquí en el foro de *La Ciudad Católica*, acerca de la prensa antirrevolucionaria. La lucha ideológica se lleva a cabo por medio de escritos, igual que mediante las armas, elecciones, matanzas, persecución policiaca y militar. En todos los países que, a consecuencia de las alteraciones galas, ven trastornada su existencia y divididos a sus ciudadanos, aparece también una prensa ideológica que, publicada a intervalos regulares, forma facciones, patrocina ciertos principios, trata de ganarse el favor de las personas neutrales. Entre nosotros, por ejemplo, en época de las cortes gaditanas, pululan las hojas liberales y conservadoras aparecidas según tiempo determinado, al modo habitual aún hoy, o hasta en forma de cartas, enviadas de tanto en tanto, como las famosas del padre de Alvarado, que imita en esto las *Provinciales* pascalianas. (Para mayores detalles sobre dicho tema, hay que ver la obra de Pedro Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, volumen I, y la de Francisco José Fernández de la Cigoña, *El liberalismo y la Iglesia española*, vol. II, *Las Cortes de Cádiz*.)

No es, por consiguiente, de esta época la influencia maligna de los medios de comunicación, cuando la tienen. Conocidas son las palabras de Menéndez y Pelayo, que califica a los periodistas de "mala y diabólica ralea, nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber, para agitar estérilmente y consumir y entontecer a los pueblos, para halagar la pereza y privar a las gentes del racional y libre uso de sus facultades discursivas, para levantar del polvo y servir de escabel a osadas medianías y espíritus de fango, dignos de remover tal cloaca (1). Huelga decir que, exacta la definición en cuanto a multitud de profesionales de la materia, no lo es aplicada a todos los periodistas, puesto que hay, y ha habido, dignísimos escritores en dicha actividad. Pero también debemos observar la insuficiencia de la definición, porque habría que añadir a ella la venalidad, la ignorancia y la desvergüenza. Ya las advirtió en sus años otro santanderino ilustre, don José María de Pereda.

(1) *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. II (Madrid, 1956), pág. 624.

Pongamos, para abonar lo que decimos, sólo un ejemplo de los innumerables que cabría aducir de los medios de comunicación españoles. El periodista Luis Carandell asombróse el día trece de octubre, en la radio *Ser*, de las declaraciones del candidato socialista catalán, Miguel Iceta, conforme a las cuales se confesaba este último homosexual. Y se asombraba Carandell por haber sido revelada tal intimidad en vísperas electorales, con el fin (observamos nosotros) de rebañar unos miles de votos. Al día siguiente, el mismo Carandell, en la misma radio, alabó las susodichas declaraciones por valerosas, francas, etc. ¿Cometeríamos juicio temerario si supusiéramos que al periodista lo habían llamado a capítulo y amenazado con reducirle los honorarios? ¿Y que, en vista de la amenaza, no vaciló el veracísimo informador en cantar la palinodia?

Retrocedamos de nuevo, unos momentos, en el tiempo.

Después de 1815, derrotada la subversión en el campo de batalla, se intensifica la ideomaquia. Verbigracia, en 1825, estigmatiza los frutos de la prensa anticristiana el obispo de Chartres, monseñor Clausel de Montals, en su instrucción pastoral de navidad (2). Podemos multiplicar hasta el infinito advertencias semejantes contra lo que cabe llamar sin exageración envenenamiento público. Pero saltémonos el siglo XIX y su miríada de diarios, semanarios y otras publicaciones de lapso regular, y situémonos al final de la centuria y principios del siglo nuestro, cuando en la Alemania de Guillermo II desencadenan los periodistas campañas de prensa que hacen temblar a toda la sociedad. Recuérdense a dos víctimas ilustres de tales campañas: el industrial Krupp y el príncipe de Eulenburg. Si los folicularios, para causar sensación, se basan en noticias inventadas pero escandalosas y difamatorias, el procedimiento judicial contra ellos, lento, y las penas, relativamente muy leves, constituyen la égida de los falsarios y dejan indefensos a los perjudicados. Pasemos a Estados Unidos. ¿Es necesario mencionar las publicaciones de Hearst y de Púltizer, los Polancos yanquis de aquella época, cuyas exageraciones, menti-

(2) MATRO, barón Henrión, *Historia de la Iglesia*, vol. VIII (Madrid, 1855), págs. 623 y sigs.

ras y porfía contribuyeron eficazmente al estallido de la guerra hispanonorteamericana? Vamos al Reino Unido. Durante la contienda mundial primera, se especializa la propaganda inglesa en atribuir toda clase de atrocidades a los alemanes, con el fin de sublevar contra ellos la opinión pública mundial (3). Magnates como lord Northcliffe, dueño entonces del *Daily Mail* y del *Times*, amén de otros empresarios conspicuos del ramo, dirigen la propaganda bélica sin el menor escrúpulo y con extraordinario éxito (4). Y miremos por cima de los Pirineos. En 1940, Alfredo Fabre-Luce, nacionalista francés y excelente escritor, cuenta lo que había significado en su tiempo la libertad de prensa: no tocar en los periódicos importantes multitud de asuntos prohibidos, con objeto de dirigir así las ideas de los lectores. O sea, imposibilidad, en 1919, de sostener que no pagaría Alemania la deuda de guerra; en 1924 y 1934, que era inevitable la caída del franco francés; en 1938, que resultaba inviable Checoslovaquia, etc. (5).

II. Hablamos de información, o sea, de la difusión de noticias. ¿Qué es, entonces, lo que se difunde?

Noticia es todo hecho digno de atención y transmitido por un medio de comunicación. Tal hecho puede ocurrir en cualquier parte y hasta en cualquier tiempo, no importando que sea pasado, según veremos. De acuerdo con este concepto, cabe perfectamente seguir los modos o grados en que se altera una noticia.

Así, se la calla, como si no existiera; caso de la expulsión de cerca de cuatrocientos mil serbios de la Krajina, tras la guerra terminada en 1995. En esta ocasión fue el silencio en perjuicio de los arrojados de sus casas y tierras. Pero, a la inversa, también se enmudece para beneficiar a una persona, doctrina en candelero o agrupación poderosa, o para no molestarlos, conforme ocurrió con Rafael Alberti, en cuyo necrologio-apoteosis casi nadie quiso

(3) Varios autores, *Alemania pudo vencer* (Barcelona, 1955), págs. 460 y sigs. Mucho más apropiado al contenido de la obra, reza el título alemán: *Bilanz des zweiten Weltkrieges*.

(4) A. J. P. TAYLOR, *English history, 1914-1945* (Londres, 1965), págs. 55 y sigs.

(5) *Diario de Francia. Marzo de 1939 a julio de 1940* (Trevoux, 1940), págs. 34 y sig.

recordar haber sido el poeta marxista comisario de la checa madrileña de Bellas Artes, ni haber abandonado, por una mujer mucho más joven, a su querida, María Teresa León, enferma de demencia senil. O no es silenciada la noticia, pero sólo se transmite parte de lo sucedido, como en la carnicería timorosa de hace pocos meses, cuando cuidadosamente se eludía indicar el aspecto de lucha religiosa que tenían los acontecimientos, a saber, la particular *جهاد* que llevaban a cabo los indonesios musulmanes de la isla contra la Iglesia. O bien se difunde la noticia, pero dándole sentido diverso del auténtico: ejemplo del presidente venezolano Hugo Chávez, persona inteligente y sensata, mal visto de la oligarquía liberal, y al que casi siempre se lo muestra —hablamos de la televisión— arengando a sus fieles, en actitud que resulta forzada y ridícula, o se lo menciona en la prensa con el epíteto de “exgolpista”, como si tal calificativo fuera vejatorio. O bien se propala la noticia con todos sus detalles, aunque sin referirse nunca a las causas próximas o remotas de la misma, como si el mero hecho, por sí solo, fuese capaz de expresar todo su sentido. Esto ocurre con los alzamientos de los generales Franco, Suharto y Pinochet, y con las represiones consiguientes. O bien se divulga la noticia, aun cuando recortada, relegada a lugar secundario, páginas pares, o encubierta por un batiburrillo de otros sucesos. La semiocultación se realiza mediante recuadros, sitio, titulares, extensión, turno, imágenes, música y otras artimañas usuales en prensa, radio y televisión. Igualmente, se esparce una noticia exagerando su importancia. Recordemos las manifestaciones homosexuales, durante la visita de Juan Pablo II a París, manifestaciones que no reunían más de cinco mil personas, pero que eran tratadas por los medios de comunicación con idéntica o mayor reiteración que las multitudes que aclamaban al papa. También se repite la noticia, como si sucediera continuamente, haciendo hincapié en minucias, interpretándola a guisa del periodista encargado, relacionándola con otras similares, teniéndola, en suma, presente siempre ante los ojos del público, sea para exaltar, sea para denigrar el hecho. Esto lo comprobamos con asuntos tales como la denominada “transición española a la democracia”, el nazismo, la dictadura de Franco, etc. En este

extremo nada importa que peine la noticia canas. Por esto, sucesos pretéritos conviértense en noticia, en cuanto caen en manos de los medios de comunicación. La relación de Pío XII con los judíos es de tales sucesos, remota novedad jugosa para desacreditar a uno de los papas más notables de la historia, en cuyo activo se puede contar, aunque no se hallaren más méritos, el haber salvado a Roma de la destrucción con que la amenazaba el ejército norteamericano en 1944, y el haber condenado el lanzamiento de bombas atómicas contra el Japón.

A este respecto de sucesos antiguos convertidos en noticia, cabe recordar lo que dijo alguien: "Es la historia almacén de odio". Efectivamente, durante la última guerra yugoslava, las batallas de Kosovo de 1389 y 1448 (6) resultaron tan actuales, tan grávidas de consecuencias, tan claras, tan vívidas por sus antagonistas, lugar donde se riñeron, represalias, sujeción de los vencidos, extensión del imperio otomano, que poco menos veíamos a los turcos triunfando de los cristianos ortodoxos, como si asistiéramos al declive y caída de Bizancio. Atizaron el odio los medios de comunicación en la Servia de Milósevich, así como entre nosotros convertían en monstruo al gobierno de Belgrado, disculpaban las alevosas muertes de civiles, a consecuencia de los bombardeos aliados, llamándolas "daños colaterales", y ensalzaban como héroe a un español criminal de guerra.

Además, en dicha profusión de manipulaciones se inventa la noticia, la diseminan, le dan aspecto de verosimilitud, la vinculan con hechos reales, ora presentes, ora pasados, y con todos estos ingredientes lanzan una gran campaña periodística en la cual trabajoso resulta discernir lo mentiroso de lo cierto. Así ocurre en el caso ya citado de Pío XII y su actuación durante la guerra mundial segunda. No es, pues, de sorprender que católicos, convencidos, pero amamantados casi exclusivamente por los medios de comunicación, pongan reparos al pontificado de Eugenio Pacelli.

Por último, tenemos la pseudonoticia, que no es del todo imaginada, pero consiste en presentar como novedad al propio medio de comunicación, aprovechando el haber éste tenido algún

(6) LUIS BREHIER, *Vida y muerte de Bizancio* (París, 1969), págs. 377, 414.

acierto o realizado una demanda, denuncia, previsión, etc. Y lo que honradamente serviría para cubrir dos líneas o decir un par de palabras, es estirado hasta llenar páginas de farfolla en un periódico, por ejemplo, según suele hacerlo el diario madrileño *La Razón*.

III. La madre, la fuente de esta alteración de noticias o *corrección* —como se dice ahora— en todos los géneros de conocimiento y en toda clase de medios de comunicación, es el racionalismo o, puesto que hablamos de nociones pragmáticas, es la ideología liberal. Sabemos que, desde 1945 hasta 1989 luchan dos ideologías por el dominio del mundo: de una parte, capitalismo, liberalismo, sociedad abierta, imperialismo norteamericano, individualismo, competencia ilimitada del mercado o como quiera que la llamemos; y, de otro lado, el comunismo, marxismo, sociedad cerrada, estatismo, dictadura del proletariado, imperialismo ruso o chino... Estas ideologías, fundadas en doctrinas filosóficas erróneas, o ya degradadas y desprovistas de lo que pudieron tener en origen de serio e interesante, y fundadas también en intereses de toda índole y animadas por un mesianismo pseudorreligioso, parecieron acercarse alguna vez, limar sus diferencias, mas permanecieron irreconciliablemente opuestas, hasta que triunfó una de ellas: el liberalismo. Hoy vivimos, pues, no en una sociedad naturalmente organizada, perfectible por supuesto, con sus injusticias y defectos, aunque también con sus buenas cualidades; vivimos en una sociedad avasallada por la ideología liberal. A esta organización económica, política, religiosa, cultural, salvados muy contados aspectos de la misma, podría haberla llamado Pío XI *intrinsicamente prava*.

Hemos hablado de la ideología liberal. Brevisísimamente indiquemos algunos aspectos de la misma, aspectos que tienen que hacer resaltar y fomentar los medios de comunicación: secularismo a ultranza; enemiga de la Iglesia, particularmente respecto de su magisterio moral y su influencia política, laboral, pedagógica; divulgación de tesis de sociología, ética, filosofía y otras disciplinas que socaven no sólo la concepción cristiana de la vida, sino también las instituciones tradicionales de los pueblos, especial-

mente la familia y la organización económica; pregonar, en nombre de la libertad, un anarquismo que corrompa sobre todo la conducta individual, aunque lejos de constituirse en partido político; reinterpretación de todo conocimiento, en particular de la historia de determinados países, tal como suele hacerse en las películas del cine norteamericano; elogio de una democracia que consista exclusivamente en la reunión accidental de individuos aislados o agrupados en banderías políticas, elecciones de tiempo en tiempo, parlamentos poco menos que inútiles, oligarquías dotadas prácticamente de poder absoluto entre dos comicios electorales, instituciones que se apoyen tan sólo en el voto individual, con la exclusión de cualquier otro fundamento, como pueda ser la herencia o la calidad.

Este despotismo abarca no sólo la política; comprende la vida entera; constituye una *Weltanschauung*, como dicen los alemanes, e impone sus reglas en comida, ropa, economía, música, mobiliario, arquitectura, ayuda al prójimo, vivienda, lenguaje, cine, teatro, viajes, religión, diversiones, pintura. Tal despotismo procede sobre todo de Estados Unidos, con una astucia incomparablemente mayor de la que imaginaba Antonio Gramsci para apoderarse del alma de una sociedad; procede de la meca, en cierta forma, del ruido, la ramplonería y la brutalidad; de “convicciones hijas —como dice el arzobispo actual de Pamplona, monseñor Fernando Sebastián— del mercantilismo de origen norteamericano” (7), o, como se lee en el boletín arzobispal de Madrid, *Alfa y Omega*, de la “colorista y ruidosa subcultura norteamericana, auténtico ventilador de la basura mundial” (8). Hubo un tiempo en que pudo afirmar Novalis: *Christenheit oder Europa*. Ese tiempo se ha ido, ¿para siempre...?

La sociedad omnicomprendiva, omnívora, totalitaria, tiene la pretensión de imponerse mundialmente, incluso en aquellos ámbitos como Rusia, los países islámicos, China, que todavía se resisten, y fundar por vez primera en la historia un imperio que

(7) Diario *ABC*, de Madrid, de veintiuno de octubre de 1999, pág. 44.

(8) ALFREDO AMESTOY, “Turismo y migraciones: un mundo desplazado”, art. publ. en *Alfa y Omega*, núm. 183, de veintiuno de octubre de 1999, pág. 4.



comprenda a todo el planeta y cuya metrópolis esté en la Casa Blanca. Aparte de estas apetencias de hegemonía, a nosotros nos interesa ver cómo se aplica dicha pretensión a los medios transmisores de noticias.

Así, nada que tenga real importancia podrá existir ni divulgarse ajeno a la ideología prevaleciente. Sin embargo, ésta se halla obligada por definición (y es una de sus contradicciones) a permitir cierto grado de independencia privada, supuesto que la última no supere determinados límites. Efectivamente; en privado podemos poner de oro y azul a la casta gobernante y al régimen político, exentos del temor de que nos detenga la policía; pero no podemos hacerlo en ningún medio importante de comunicación, donde sólo se admiten elogios del sistema de gobierno y de los príncipes, salvo mencionar los rifirrafes entre oligarcas por el reparto del botín o la transgresión de normas que rigen hasta en las cuadrillas de bandoleros.

Además de la incapacidad para hacemos escuchar fuera de un círculo muy estrecho de relaciones, lo cual anula nuestro saber y nuestra presencia como noticia, ésta habrá de ser noticia ideológica. Naturalmente que tal cosa se disimula; vehementemente se niega ser la noticia pura y simple propaganda, como pueda serlo en un régimen comunista, en la Alemania de Hitler o cuando estaban en guerra los anglosajones. No obstante, si bien se mira, se percata uno que la comunicación sí es propaganda ideológica, aunque llevada a cabo con suma destreza, con la diabólica pericia de hacerla parecer simple reflejo de la realidad. Porque la democracia liberal, que no es en puridad más que timocracia, ha logrado convencer que reinan la libertad y la objetividad informativas, así como la soberanía de los súbditos, siendo en buen romance el sistema político todo en todo.

A tal tenor, no es la noticia información, porque a la postre poco importa la noticia en sí; lo que verdaderamente importa es la manera en que se transmite la noticia, o sea, el aire que se le da, su aspecto adventicio. Tampoco interesa el conocimiento que se adquiera mediante la misma, sino el efecto que habrá ella de tener en su destinatario. Es la información formación o deformación, según se quiera.

Este carácter absoluto de la ideología liberal, que en economía lleva al oligopolio y al monopolio, y respecto del espíritu al pensamiento único, da el tono a los medios de comunicación. Unas veces lo hace mediante un empresario poderoso que, árbitro del periodismo, con sus ideas e intereses rige en cierta forma el sistema informativo; otras veces, son los mandatos del gobierno o de empresas cuyo influjo es determinante gracias a la publicidad, quienes ponen al paso a los periodistas. Con alarma se ha notado que "la progresiva concentración de empresas de comunicación en Europa hará que en pocos años esté la información en manos de sólo seis compañías; la dependencia creciente de la clase política para sus grandes acciones de propaganda han colocado a dichos medios de comunicación en lugar preeminente dentro de la moderna estructura de poder. Esta situación nueva se ha generado mediante un círculo vicioso: los políticos requieren campañas propagandísticas costosísimas para ganar votos, y esto no puede conseguirse sin la concurrencia de grupos multinacionales de comunicación de masas y grandes sumas de dinero capaces de sustentar todo el montaje. Medios de comunicación, clase política y grupos financieros son los tres soportes del poder moderno" (9).

Sugestivo resulta el cambio que, obedeciendo a los dictados ideológicos, llevó a cabo, hace más o menos un año, el diario *ABC* de la Villa y Corte. Su sección religiosa, excelente, dirigida por el sacerdote Santiago Martín, fue de pronto suprimida y la sustituyó otra, con el nombre de "sociedad", en la cual se daba cuenta de sucesos atañentes a la Iglesia, a la vez que de otras religiones, originalidades etnológicas, usos extravagantes, gastronomía exótica, culturas pregrinas, accidentes. Había sido rebajado el catolicismo casi a rareza que se observaba con la curiosidad de quien viaja o pasea por un parque zoológico. Pero, atendiendo a motivos comerciales, recientemente se ha restablecido la sección religiosa.

---

(9) ANTONIO MARTÍN DE BEAUMONT, "La descomposición de las ideologías tradicionales", art. publ. en la revista *Prometeo* (verano-otoño de 1999), pág. 2.

IV. La noticia así concebida y la ideología que la anima dan origen a un mundo *sui generis*: la "aldea global". Este término procede del yanqui Marshall Mac Luhan y de dos coautores de un librito disparatado e incoherente, pero en el que se encuentran algunas ocurrencias no desdeñables. Aparte de lo que allí se escriba, resulta sugestiva la idea, casi imagen, del mundo convertido, por obra y gracia de los medios de comunicación, en una aldea, o sea encogido hasta el extremo que, igual que en un villorrio, todo se sabe, no importando que acaezca al extremo opuesto de la calle o del barrio donde uno viva.

Dicho concepto significa, pues, una comunidad internacional que abarca la Tierra entera, donde los acontecimientos de importancia son conocidos inmediata o casi inmediatamente por todas partes. Constituye el planeta, en punto a comunicación, una a manera de esfera de vidrio, que permite ver cuanto ocurra en su superficie y su interior. Sabemos al instante, o poco menos, que ha habido golpe de Estado en Paquistán, inundaciones en Filipinas, terremotos en Turquía, matanzas en Timor y en Ruanda, tifones en China, tornados en el Caribe, lluvias torrenciales en México y el sur de los Estados Unidos. No sólo sabemos todo ello: lo vemos mediante la televisión, estamos cerca de los sucesos, escuchamos la voz de las personas afectadas, leemos con detalle las circunstancias en la prensa. Nada se nos oculta: ni el tiempo ni el espacio nos separa. Así opinamos todos, *nemine discrepante*.

La transparencia de la "aldea global" significa, además del conocimiento del hecho en sí, el conocimiento del sentido del hecho. Al momento sabemos cómo calificar un suceso, su condición moral, la de sus protagonistas. Por ejemplo, consideremos la sublevación del general Musharraf, sublevación que la conocimos como si hubiéramos estado en Islamabad, al producirse el levantamiento, de mano de los periodistas. ¿Qué opinamos, entonces, de la desaparición de la democracia paquistaní? Un titular del diario madrileño *La Razón*, de catorce de octubre del año en curso, nos lo indica: "El mundo condena el golpe (de Estado) en Paquistán" (pág. 19). El mundo, o sea, la "aldea global". Pero si nos acercamos a esa totalidad cristalina y la observamos con cuidado, advertimos que el "mundo" se cir-

cunscribe a la Europa occidental y a Estados Unidos, amén de algunos apéndices como Buenos Aires, Lima, Wellingtón o Camberra. Porque, ¿quién nos informa de lo que opinan al respecto los propios ciudadanos del país afectado? ¿Quién nos cuenta lo que piensan sobre tal asunto los musulmanes todos, que componen una comunidad de más de mil millones de personas, extendida desde Indonesia hasta el Atlántico? ¿Y qué juzgan del asunto los chinos, mil doscientos millones de almas? ¿Y los rusos? De todos estos seres humanos nada sabemos tocante al tema que tantos aspavientos provoca en los medios de comunicación.

La claridad de la "aldea global" no se refiere sólo al presente. Abarca también el pasado.

Pensemos en los judíos muertos en los campos de concentración nazis y en los hipotéticos seis millones de víctimas. Ya se sabe que este número es número consagrado, inamovible, excepto que se lo desplace al alza. Todo el mundo, entonces, toda la "aldea global" da por confirmadas y admite las cifras oficiales del llamado holocausto hebreo. Mas, volvemos a preguntarnos: ¿Qué opinan de ello los musulmanes? ¿Y qué los chinos?, de cuyos vaivenes políticos tanto conocemos y tanto pretendemos enseñarles, siendo de creer que también ellos conocen algo de lo que se cuece entre nosotros. ¿Y qué creen de ello los rusos? Y, más cerca, ¿qué dicen los polacos?, cuya participación en el asunto fue en muchos casos directa. ¿Y qué afirman o niegan los propios alemanes, no únicamente los que aceptan a pie juntillas la tesis intocable? No lo sabemos, aunque con esta nesciencia excluyamos a media humanidad.

A mayor abundamiento, cargando las tintas en un asunto nos olvidamos de otros similares o aun más horribles, más merecedores de consideración y conmiseración. ¿No tuvieron a causa de la guerra los polacos seis millones de muertos, o sea el veintisiete por ciento de su población? ¿No contaron los rusos veintisiete millones de caídos en batallas y campos de reclusión nazis, amén de más de dieciocho millones de heridos y lisiados, como les recordó Gorbachof al canciller Kohl y al presidente Mitterrand? (10).

---

(10) MIGUEL GORBACHOF, *Wie es war. Die deutsche Wiedervertretung* (Berlín, 1999), págs. 126, 132.

Y que no se nos replique que entre las comunidades cuyo sentir apenas vislumbramos, abundan los iletrados, incapaces de discernir cuanto se afirme en la "aldea global", como si en Occidente y sus ramificaciones todos fuesen sabios, todos conocieran los asuntos favoritos de los medios de comunicación y su interpretación correcta, todos hubiesen meditado los respectivos argumentos, igual un campesino de Cochabamba, un groenlandés o un negro de Nueva Orleans. Allende que la existencia misma de esas muchedumbres analfabetas, desde el punto de vista de la comunicación, refuta el concepto de "aldea global". Y en cuanto a los historiadores, sociólogos, políticos, demógrafos que disienten de las tesis comunes, ¿cómo calificarlos? ¿De ignorantes? ¿De criminales? ¿De locos? Arduo problema.

Veamos otros ejemplos de obscuridad en ese globo diáfano.

¿Cómo pagan sus armas las guerrillas colombianas? Sobre todo, ¿a quién le compran los ingenios bélicos con que se las tienen tiesas al ejército de su país? ¿De qué fuente manan los cuantiosos recursos de *Paz Verde* o *Greenpeace*, fondos que le permiten mantener a la filantrópica y ecológica asociación barcos, tripulaciones, secretarías por todas partes? ¿Quién subvenciona a las llamadas "madres de mayo", sus viajes, conferencias de prensa, oficinas, propaganda? ¿Conocemos suficientemente la situación iraquí, el efecto que produce un bloqueo que cabe calificar de genocidio? ¿Nos hemos enterado de la suerte de los serbios asesinados o arrojados de Kosovo, tras el último conflicto yugoslavo?

Y paramos, porque de seguir nos volveríamos interminables.

A despecho de cuanto pretendan hacernos creer, para informarnos topamos con obstáculos virtualmente insalvables, o sea, barreras lingüísticas, religiosas, políticas, culturales. Recuerdo haber estado en El Cairo, hace unos años, y apenas barruntado el ataque terrorista contra un grupo de españoles en Asuán, no obstante haber ampliamente hablado de ello la prensa y la televisión egipcias. Porque, al saber yo imperfectísimamente árabe, ni entendía la televisión ni podía leer los diarios, si no era de modo muy penoso, con la incierta ayuda de diccionario. Y me hallaba en el tiempo y lugar de los hechos. ¡Qué será cuando está

uno alejado! Así, pues, transponemos con toda desfachatez nuestra opinión, adjudicándosela, pese a los testimonios contrarios, a todos los hombres. Nuestra presunta luz es la luz que ilumina a todo ser humano, o sea, que la opinión de los medios de información liberales y progresistas la conceptuamos no sólo la única verdadera, sino también la única que profesa el mundo entero.

La "aldea global" es la concepción racionalista transferida al campo de los medios de comunicación. Así como para el racionalismo no existe otra realidad que la mensurable y experimentable, resultando toda ella transparente al ojo de la razón, para esta forma de transmisión de noticias no existe obstáculo cognoscitivo alguno. Todo es o debe ser cognoscible mediante prensa, radio, televisión y redes telemáticas. Además, este conocimiento es por antonomasia objetivo, y los obstáculos que a él se opongan desaparecerán desde el momento que sean homogéneas las sociedades y se establezca una *lingua franca*, el inglés. Si esto último se realiza de grado, tanto mejor; si no, habrá de llevarse a cabo mediante la fuerza, empleando el ingente arsenal norteamericano, británico e israelí.

No otra es, en el fondo, la teoría del escritor estadounidense Samuel Huntington, teorizante del "choque de civilizaciones", pensador a sueldo, lo mismo que Francisco Fukuyama, de la gigantesca maquinaria industrial y militar de Washington (11).

El racionalismo de la noticia ignora, igual que su progenitor, el racionalismo filosófico, las facetas irracionales de la realidad y considera que la noticia habrá de obedecer a formas preestablecidas.

Falsea la filosofía de la diosa razón la calidad en cantidad, la esencia en materia, la presencia ontológica en extensión, el peso en número, el movimiento en desplazamiento local, el espíritu en fisiología, la inteligencia y la intuición en abstracciones y logomaquias, el sentimiento en sensación, el misticismo en histeria, la religión en mito, etc. De forma análoga, tiene su criterio reductor

---

(11) CARLOS MARTÍNEZ-CAVA, "Samuel Huntington, ¿el Spengler americano?", art. publ. en la revista *Hespérides*, núm. 8, de noviembre de 1995, págs. 219 y sigs., y CARLOS CABALLERO, "De Fukuyama a Huntington, o la legitimación del etnocidio", art. publ. en *ibidem*, págs. 227 y sigs.

supremo la "aldea global": lo *correcto*, vale decir lo histórica, política, religiosa, económicamente *correcto*. Cualquiera noticia habrá, por consiguiente, de someterse a tal criterio. Así, no se podrá divulgar, sino reinterpretada, *corregida*, una noticia que impugne el exceso de libertad de mercado, o prevenga contra los oligopolios, o descubra la hipocresía de la democracia liberal, o exprese la vitalidad de la fe religiosa, o ponga en solfa una tesis histórica consagrada y asentada por generaciones de dóciles profesores, como ha hecho recientemente Juan Dumont en su libro acerca de la batalla de Lepanto, condenando las alianzas musulmanas de la corona francesa y alabando la política contraria de María de Médicis y del cardenal de Berulle.

Y a propósito de lo históricamente *incorrecto* que puede convertirse en noticia toda vez que se toquen sucesos o personajes que pretenden conservarse en determinado ser, indefinidamente, como las momias de Egipto; personajes —digo— de la condición de Mitterrand, por ejemplo: ¿por qué referirse de modo condenatorio sólo al disgusto del presidente acerca de la perniciosa influencia judía en Francia (12), y pasar por alto otras vicisitudes de tan rica vida, como la colaboración del político con el mariscal Petain y las condecoraciones que recibió de él? Nadie responde.

O, si se trata del Islam, ¿qué impide contar que, durante la última guerra mundial, fueron confidentes, informadores o agentes del almirante Canaris, vale decir, del contraespionaje alemán, notabilidades como el entonces sultán, después rey de Marruecos con el nombre de Mohamed V; ciertos jefes del Istiqlal; el argelino Mohamed Saíd, uno de los cabecillas del Frente de Liberación Nacional y más tarde ministro de Bumedián; el tunecino Habib Burguiba, el primer ministro iraquí Rashid Alí, los egipcios Gamal Abd el Nasser y Anuar el Sadat...? (13).

Volvamos a nuestro sistema periodístico.

(12) Diario *ABC*, de Madrid, de veintisiete de agosto de 1999.

(13) ANDRÉS BRISSAUD, *Canaris* (París, 1970), págs. 579 y sigs.; JACOBO BÉNOIST-MÉCHIN, *Primavera árabe* (París, 1959), págs. 98 y sigs.

V. Objetará alguien que, propaladas de esa forma artera las noticias, más son embuste que noticias. Sin duda; pero son obsecuentes con el sistema informativo de hogafío.

De otro lado, la condición de mendaz de una noticia es noción aceptable sólo mientras exista un mundo ajeno a la información; pero este mundo se encoge cada vez más, como la piel de zapa del cuento de Balzac, hasta quedar prendido en las redes del periodismo y la telemática. Recuérdense aquella afirmación española de hace años: "No existe lo que no cuenta el *ABC*". Estamos a punto de comprobar que no existe lo que no aparece en las pantallas de televisión, las ondas radiofónicas o las páginas de los periódicos.

¿Y cuál es la condición de las personas que caminan por esa especie de corredor de espejos, donde las imágenes se reflejan indefinidamente unas a otras, sin que atine el viandante a encontrar la salida?

Casi inermes están los destinatarios de tal información. Y no mencionamos en esto a la publicidad, que merece capítulo aparte.

Al lector de un periódico diario o semanal todavía le queda, salvo que sea un zoquete, un resquicio de independencia: la posibilidad de volver sobre lo leído, sujetar unos instantes lo pasajero, meditarlo un poco, compararlo, recordar otras noticias, advertir contradicciones e inverosimilitudes, considerar la ideología del periódico respectivo y deducir la índole de las noticias, etc. Por esto, probablemente sea la prensa el medio de comunicación menos perjudicial, el que más libertad deja, no obstante el adoctrinamiento subliminal, realizado lo mismo por medio de crónicas sesgadas que por los editoriales y artículos de opinión.

En cambio, al oyente de radio le resulta muy difícil sustraerse a la voz predicadora, apasionada, contundente, o bien tranquila, pero de imperturbable dogmatismo, que establece como desde el púlpito sus verdades. Está el receptor en actitud pasiva y únicamente le resta, si mucho le desagrada lo que se dice, apagar la radio. Ésta, como medio de propaganda, es eficazísima, según lo sabían perfectamente demagogos como Churchill y Hitler.

Por lo que se refiere a la televisión, es ella en apariencia objetiva, pues muestra lo que sucede o sucedió: caras, gentíos, edifi-



cios, calles, peleas, gestos de aprobación o reprobación, acometidas de la policía, emigraciones, cadáveres, poblaciones desnutridas. Lleva al espectador hasta el escenario mismo, hasta con el sonido de los hechos. Es como el cine, pero vista una historia real. Sin embargo, resulta engañosa, ya que muestra las cosas desde el ángulo conveniente para el sentido de la noticia. En realidad, es tan subjetiva como una fotografía, incluso no retocada. Si se trata de una manifestación multitudinaria, veremos la cabecera de la misma o los grupos más nutridos, supuesto que tal visión le convenga al periodista. De lo contrario, aparecerán algunos corrillos escuálidos o personas dispersas. De aquí nacen en parte esas sorprendentes divergencias acerca del número de participantes en una reunión pública, según los hayan contado los organizadores del acto o la policía municipal. Dejando de lado las contrarias propensiones de unos y otros a exagerar o disminuir, el televidente no sabe a quien creer, pues las cifras no suelen corresponderse con las imágenes, y acaba quedándose en una especie de limbo informativo donde predomina lo visto, a pesar de lo especioso de los fotogramas.

Similar a la del radioyente es la pasividad del espectador de televisión. Es cierto que la vista deja un ápice más de independencia mental que el oído; pero la rapidez con que se suceden las imágenes, la fuerza apabullante de muchas de ellas, la corroboración del locutor, que enseña a entender lo que se va presentando, todo deja un sedimento muy firme de propaganda.

Tocante a las noticias recibidas por vía telemática, donde cualquier persona puede opinar de todo lo divino y lo humano, según su leal saber y entender o su simple capricho, y donde no cabe propaganda inmune, pues a ésta se replica de inmediato, no nos parece siempre mejor resguardada la libertad de los destinatarios de la noticia, ni del todo restablecida la imparcialidad de la última.

En efecto, prescindiendo por ahora de los bombardeos propagandísticos, que cabe llevar a cabo conforme a múltiples puntos de vista, y prescindiendo también de las prohibiciones ya esbozadas de impugnar, por ejemplo, el aborto, la libertad de estas redes transmisoras corresponde a lo que llamaría Hegel

libertad informe, es decir, inorganizada: libertad según la cual miles de personas escriben y opinan, formando un guirigay que vuelve inaudible e ilegible, por su cantidad y muchas veces inanidad, casi todo cuanto se diga. Lo que queda de esas opiniones vertidas en torrente suele ser tan sólo el resultado de tantos a favor, tantos en contra de un asunto cualquiera: el secuestro de Pinochet en Inglaterra, la condena del juez Gómez de Liaño, la personalidad de Jesús Gil, el divorcio de Rociño Carrasco u otro tema que vaya de boca en boca. De este modo, las opiniones individuales no son más valiosas que las "cartas al director", en las publicaciones periódicas, o las "llamadas telefónicas" que reciben del público los estudios de radio y televisión. Todas ellas, supuesto que se atiendan y no se abrevien hasta hacerlas insignificantes, no paran el huracán catequizador, si bien sirven de coartada que demuestre la libertad de pensamiento y expresión, así como la tolerancia del medio de comunicación que acoja refutaciones y disentimientos. Además —volviendo a los ordenadores—, la conexión de éstos con emisiones y programas radiofónicos y televisivos, vuelve a plantear las dificultades en punto a verdad de la noticia y libertad del espectador o lector. Ha proporcionado la telemática, es innegable, cierta independencia a quien reciba nuevas de este mundo; pero, a más de los inconvenientes propios, recoge muchos defectos de la información al estilo habitual, o sea, afirmación-formación-deformación.

**VI.** Quanto hemos dicho podemos destinarlo a un sujeto que a todos nos interesa: la Iglesia.

Quien lea, por ejemplo, el diario madrileño *El País*, habrá observado que pasan a veces hasta quince días, aproximadamente, sin que nada se diga en él de religión. Lo mismo ocurre con muchas emisoras de televisión. No importa que viaje el papa, se celebre un sínodo nutridísimo y se promulguen tales o cuales decisiones que, al fin y al cabo, conciernen a millones de personas. Tampoco resulta digno de mención un documento pontificio, salvo que éste choque con la doctrina acreditada de la "aldea global" o lo retuerza el periodista haciéndole decir disparates. Ni es de entidad que se reúnan a decenas de miles los miembros de

asociaciones católicas seculares, se canonicen o beatifique a un siervo de Dios, se nombren cardenales. No hay noticia al respecto, igual que si no existiera la Iglesia o nada de notable hubiera habido. Pero, de súbito, se le dedican a Roma y a la religión, en días sucesivos, páginas del periódico citado o largos espacios televisivos, publicándose no sólo editoriales, crónicas, entrevistas, reportajes, fotografías, sino también sesudos artículos. ¿Qué ha ocurrido? Pues que un obispo acusa de absolutismo a la curia romana y patrocina el gobierno colegial de la Iglesia; o que circulan rumores acerca de la mala salud o abdicación inminente del sumo pontífice; o que está denunciado por pederastia un sacerdote o un prelado; o que algún jesuita, por millonésima vez en la historia reciente de la Compañía de Jesús, ha sostenido alguna tesis heterodoxa, como la de ser aceptable el panteísmo (14), o no ha hecho ascos a la comida rancia y recalentada de Róbinson, Bonhoeffer y Bultmann (15); o bien que un grupo de laicos austríacos ha renovado en cierta forma el viejo lema *Los von Rom*, sin que los haya debidamente reprendido el arzobispo de Viena, cardenal conde de Schönborn, etc. En otras palabras, cuanto hemos analizado tocante a la adulteración de la noticia, lo hallamos en el caso de la Iglesia: silencio, exageración, clamor, distorsión, parcialidad, redundancia. De esta manera, una noticia que, monda y lironda, podría ser interesante, se transforma por la malevolencia en lección y el periodista en profesor espurio, que a menudo carece hasta del talento de los grandes impíos. Sin duda, es mucho más instructivo leer al barón de Holbach, a Feuerbach o al profesor Gustavo Bueno, que a Raúl del Pozo o a Joaquín Estefanía.

Respecto de las batallas periodísticas previsibles (¡y Dios quiera que sea yo mal profeta!), puede estallar una contra las secas que dañaría gravemente a la Iglesia.

(14) JOSÉ ALEMANY, S. J., "Jesuitas por el diálogo interreligioso", art. publ. en la revista *Razón y Fe*, número de septiembre-octubre de 1999, págs. 214 y sig.

(15) GIANNI VATIMO, "Pensamiento débil, teología fuerte", art. publ. en el diario *ABC*, de Madrid, de treinta de octubre de 1999. Respuesta al jesuita Carmelo Dótolo y su libro *La teología fundamental ante el desafío del pensamiento débil de G. Vattimo*.

Por un perverso trastrocamiento de valores, muchos asuntos de competencia eclesiástica han pasado a las autoridades seculares. Garantizan éstas la libertad religiosa, pero se reservan el limitarla de acuerdo con el orden público. Tal limitación procede de la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, de 1789, artículo décimo, y la han adoptado todas las constituciones vigentes, de modo que la consideramos poco menos que atribución natural del Estado, aunque contenga en germen la justificación de las trabas burocráticas, exilio de religiosos, clausura de templos, incautación de bienes, prohibición de actos de culto, prisión de militantes seculares, tal como se comprobó en la propia Francia, al año de establecida la célebre declaración (16).

De acuerdo con este principio o pretexto de amparar a los ciudadanos, se ha arrebatado a la Iglesia muchas veces hasta el derecho de definir en materia dogmática, concretamente el determinar lo que es secta, su heterodoxia. Por lo cual es fácil de prever lo que sucedería si políticos, sociólogos, psicólogos, ayudados de periodistas amigos o espoleados por éstos, determinarían lo que constituye una "secta" y decidieran condenarlo. Oportunas acometidas doctrinales, ataques constantes, impugnación concertada de varios medios de comunicación definirían el concepto, apoyándose en tal o cual teoría psicológica o sociológica racionalista, y la aplicarían a cualquier asociación que resultara ingrata a los gobernantes u opuesta a la ideología liberal. Hubo, en años pasados, algún conato de hacer esto que decimos respecto del Opus Dei, y después se denunció a esta o aquella sociedad. De momento, está el dragón dormido.

Desgraciadamente, es notoria la decadencia de las antiguas órdenes religiosas, comprendida la Compañía de Jesús. Esta disminución del clero regular, al que debe la Iglesia, durante más de un milenio, hazañas sin número en el saber y la evangelización, se ha visto compensada en este siglo por la aparición de los institutos seculares, órdenes religiosas nuevas y movimientos laicos.

---

(16) MARIO SORIA, "La libertad religiosa, según la *Declaración de derechos del hombre*, de 1789", art. publ. en la revista *Verbo*, núm. 289-290 (octubre-diciembre de 1990), págs. 8 y sigs.

Particularmente los últimos: focolares, "Comunión y liberación", los popularmente conocidos en España con el nombre de "covadongos", los neocatecumenales y muchos otros, han proliferado en los cinco lustros últimos, hasta el extremo de haber reunido el treinta de mayo de 1998, en la plaza de San Pedro, doscientas cincuenta mil personas (17), y haber estado algunos de ellos representados por relatores laicos en el sínodo de obispos europeos recientemente celebrado (18).

Tienen estos grupos seculares una concepción del mundo y de la vida diametralmente opuesta a la que es hegemónica en la sociedad laicizada de nuestros días: viva creencia en Dios, fidelidad a la Iglesia, afán de predicar la palabra evangélica, desdén de los bienes materiales, entusiasmo, fortísima convicción, fervor religioso y otras cualidades expresadas, según los casos, en actos litúrgicos, reuniones de oración, vida en común, difusión de devociones, retiros, recogida de firmas en pro o en contra de determinado asunto, campañas postales, etc. Así resultan estas asociaciones católicas especialmente vulnerables: en primer lugar, por expresar la fecundidad inagotable del catolicismo y refutar *de facto* la prevista y deseada desaparición de las religiones; en segundo término, por ser sus miembros de índole antagónica a una sociedad sometida al hedonismo y las concepciones racionalistas. Llano es, por consecuencia, calificar a tales agrupaciones de "sectas", mezclándolas con las que realmente lo son, convertirlas en noticia y desencadenar contra ellas una tempestad de infundios, tempestad cuyo final es previsible, dado que los católicos, clérigos y laicos, por lo general apenas se atreven a asomar la cabeza.

\* \* \*

---

(17) Revista *Alfa y Omega*, núm. 121, de seis de junio de 1998; *ABC*, de Madrid, de ídem, pág. 84; *Alfa y Omega*, núm. 172, de uno de julio de 1999, pág. 21.

(18) *L'Osservatore Romano* (edición española), de uno de octubre de 1999, pág. 6.

Para terminar estas consideraciones pesimistas, pero a mi juicio correspondientes a la realidad, permitidme unas breves palabras sobre lo que cabe todavía, a mi juicio, hacer, como se hace con el hombre que se está ahogando y que quizá pueda aferrarse a una tabla que se le arroje. Y que me perdone quien se halle encargado de indicar soluciones. No pretendo substituirlo ni adelantarme a él; sólo humildemente quiero aportar mi granito de arena.

La capacidad de contener el alud de noticias tendenciosas significa disponer nosotros de los medios de comunicación adecuados. Esto es una perogrullada, evidentemente. Mas, si queremos tener tales medios necesitamos dinero, más dinero, siempre dinero. Bien dice Espronceda:

“Si Dios es omnipotente,  
el dinero es su teniente”.

Por desgracia, el numerario ha cambiado en gran parte de manos, especialmente en España. Hace treinta o cuarenta años, existía una burguesía tradicional y acomodada, si no opulenta, a la que le gustaba actuar de mecenas de causas como la nuestra. En la actualidad, se parecen los ricos cada vez más a la clase media norteamericana, cuyo ideal es el placer y el éxito en los negocios, y que si algo subvenciona, suelen ser fundaciones que sirvan, a la vez, para desgravar impuestos y difundir el progresismo en todas sus formas. Por lo que se refiere a nosotros, el arquetipo español es casi siempre Luis Roldán sentado en verano al borde de una piscina, en calzoncillos y rodeado de mujeres.

¿Cómo conseguir, entonces, ese dinero? Imaginar los medios y llevarlos a su fin es tarea que se impone ejecutar a todos, si queremos tener nuestro sitio bajo el sol.

Muchas gracias.